

hington la quiera, pero queriéndola se suicidaría, en el sentido de que todo cuanto por el fraude, la fuerza y el crimen posee en Nicaragua, lo perdería. ¿Está Washington dispuesto a suicidarse en Nicaragua, es decir, a renunciar las conquistas del imperalismo en aquel infortunado país? Esta es la cuestión, hoy como ayer.

El país sabe que Washington defenderá por la fuerza sus conquistas cuando quiera que sean amenazadas, es decir, que si el pueblo, burlado en las elecciones, se levanta en armas para reivindicar su derecho, Washington tarde o temprano intervendrá y salvará al Gobierno de la traición. La bandera americana en el Campo de Marte proclama constantemente la amenaza de Washington contra cualquier tentativa de libertad y de justicia del pueblo de Nicaragua.

En esta situación de impotencia, de desesperación y de desesperanza, hay hoy un peligro. Con la visión de este peligro escribo este artículo. La ambición personal es artera, y muy docta en el manejo y aprovechamiento de las armas que las circunstancias ofrecen a su destreza. La ambición vela como un ave de presa en esta hora de la tragedia nicaragüense. La ambición sueña con poner a su servicio lo mismo al pueblo victimado y sin esperanza que al opresor extranjero, para hacer de la cooperación de los dos el elemento de su triunfo.

Washington es omnipotente en Nicaragua; pero su omnipotencia es vulnerable por las fuerzas morales que contra ella conspiran y trabajan sin cesar hace trece años. Moralmente, la situación de Washington en Nicaragua es insostenible, como lo fué al cabo en Santo Domingo; y Washington está ansioso de un expediente que le permita conservar su botín salvando su decoro. Washington está meneste-

roso de una mano que lo auxilie y lo saque a la orilla en el terrible conflicto moral en que sus piraterías imperialistas en Nicaragua lo han hundido. Y esta mano, la ambición es la única que puede tenderla a Washington en esta hora de angustia. La ambición personal y Washington pactarían. El pacto sería por supuesto un pacto de ignominia, exactamente igual al que firmó hace trece años el partido de la traición, los hombres de Granada. Washington garantizaría a la ambición personal el poder; y la ambición personal garantizaría a Washington la preservación del *statu quo*. De este modo Washington haría popular y nacional la traición, porque la sancionaría, no ya la minoría de Granada, sino el partido de la mayoría, por me-

dio de elecciones regulares y libres. Washington podría cantar victoria.

No es posible creer en la integridad de propósitos de un candidato presidencial que profesa la opinión de inteligencias de esta índole con Washington y trabaja al propio tiempo por alcanzar el favor de Washington para su candidatura. ¿Qué ganancia substancial habría para Nicaragua en un cambio de Gobierno bajo estas condiciones? La ganancia sería toda de Washington. Nicaragua arruinaría la sola fuerza que ha combatido y combate y combatirá eternamente por ella, su derecho, la moral y la justicia de su causa. Si claudica, morirá.

JACINTO LÓPEZ

(Concluirá en el número próximo).

## Los niños de Galdós

### 2.—EL DOCTOR CENTENO

«Es un señor como de trece o catorce años, en cuyo rostro la miseria y la salud, la abstinencia y el apetito, la risa y el llanto, han confundido de tal modo sus diversas marcas y cifras, que no se sabe a cuál de estos dueños pertenece. La nariz es de estas que llaman socráticas, la boca no pequeña, los ojos tirando a grandes, el conjunto de las facciones poco limpio, revelando escasas comodidades domésticas y ausencia completa de platos y manteles para comer; las manos son duras y ásperas como piedra. Ostenta chaqueta rota y ventilada por mil partes, coturno sin suela, calzón a la borgoñona todo lleno de cuchilladas, y sobre la cabeza greñosa, morrión o cimera sin forma, que es el más lastimoso desperdicio de sombrero que ha visto en sus tenderetes el Rastro.»

**D**ON Benito ama sus niños como ama sus hombres y sus mujeres. En el conjunto de su obra—como pasa en la

Vida—unos no son más interesantes que otros. Sólo que, dijérase se le traiciona a veces por ellos lo mismo que por los seres más débiles e infelices que pululan en sus libros, cierta debilidad semejante a la que las madres manifiestan por sus hijos más desgraciados.

Cuando sus niños, ricos o pobres, pasan ante nosotros, con su inexperiencia, sus dolores—que parecen insignificantes a los ojos de los mayores y que para ellos pueden tener el mismo valor de aquel que hace a un hombre suicidarse—, su graciosa torpeza, sus sentidos en capullo estremecidos de curiosidad y su alegría de animalillos cabrilleando en torno nuestro, se nos derrite el corazón y reímos o lloramos o se nos despierta el afán de protección como si niños nacidos de mujer se movieran cerca de nosotros.

Sus criaturillas no son las de Lichtenberger, celebrado escritor que pinta niños modernos, el cual se complace en los retoños de la alta burguesía o de la nobleza, bien alimentados y bien abrigados, pequeños vasos artísticos de casa acomodada en los cuales el autor gusta de poner a refrescar sus fantasías de poeta, así como una doncella romántica pondría en un bonito búcaro un lirio o una rosa. Cuando se piensa en los pequeños héroes de Lichtenberger: Trott, Minnie, Linne, y se evocan a Nell y Dolly, al doctorcillo Centeno, al niño de Miau, a Gabrielillo, al Pituso, etc., aquellas otras figurillas adorables toman al punto aspecto de bibelots para solaz de madres, tías solteronas, abuelas, y maestros de gusto artístico, ligeramente sentimentales y que sin saberlo participan de las ideas del doctor Pangloss.

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

#### FABRICA

**CERVEZAS**  
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

**REFRESCOS**  
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

**SIROPE**  
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE REFRESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Poulbot, el célebre dibujante de *gosses* habría encontrado en el mundo infantil de Galdós, tanta línea trágica, tanta curva cómica! Y su lápiz habría copiado lleno de emoción, los gestos dramáticos, los ademanes desgarradores, las muecas disputadas por la risa y el llanto, las piruetas que provocan la carcajada, las actitudes que nos hacen tendernos hacia ellas deshechos en ternura.

Celipín es uno de los predilectos de Galdós, como Fortunata e Ido del Sarrario.

Aparece en «Marianela».

Es Celipín el hijo menor de la Señana. Tiene doce años.

De noche, cuando todos duermen, levanta en un rincón de la pobre cocina, sus castillos en el aire ante la Nela que desde la cesta que le sirve de alcoba le escucha embebida. Ella le ayuda en tan agradable tarea pues le acarrea puñaditos de mortero de humo para la erección de las torres altaneras que han de llegar a agujerear nubes, y uno que otro guijarro de verdad para los cimientos: las monedas que de cuando en cuando le da alguna alma caritativa. Ya la niña lo ve arrellanado en un coche, calzadas con guantes olorosas las manos, apoyado en el bastón de porra dorada o bien escribiendo aquellas recetas que se han de aderezar con una docena de mosquitos y palos de mimbre.

Después va y viene en dos tomos, un montón de páginas en donde la vida se mueve con sus misterios y sus ridiculeces, implacable, doliente, irónica. Y entre este follaje, sombrío aquí, alumbrado allá, la infancia del doctorcillo Centeno es siempre el pájaro que,—repleta de gorjeos la garganta como de granos el granero de un rico labrador,—canta y canta en actitud de gracia infinita, sin pensar en la rama seca en que está posado ni en la noche que se viene encima.

En «Tormento» comienza a esfumarse en el mozo el muchachillo sin vanidad, y así le decimos adiós cuando lo encontramos con alfiler en la corbata y envuelto en una capa.

Es la del doctor Centeno, una de las figuras infantiles más encantadoras de Galdós. Le perdemos de vista la noche en que huye del hogar paterno, en el momento en que Marianela lo encuentra en el camino, con el pequeño llo pendiente de un palo puesto al hombro, la marcha resuelta rumbo a los Madriles, en donde va a estudiar para médico. Lo volvemos a encontrar en Madrid, prendido de la capa de Alejandro Miquis—el niño grande—a quien alguien definiera como un «hombre en verso».

Posee nuestro héroe un optimismo extraordinario: si anda entre piedras es madeja de agua que salta sobre su

dureza cantando; si se mete entre el vicio y la miseria es rayo de sol que se hunde en las charcas sin manchar sus oros. Si no, veámoslo vivir bajo la terrible protección de don Pedro Polo, de doña Claudia, de la fea Marcelina y de la maritornes de la casa, naturalidades más o menos berroqueñas; o arrojado por éstos de sus pétreos lares, «¿quién lo seguirá a las casas de dormir, a las compañías del Rastro, a los bodegones, a las tabernas, a los tejares y chozas de Arganzuela y las Ye serías, a la vagancia, a las rondas del Sur, inundadas de estiércol, miseria y malicia?»

Tremenda cosa es el amparo de este don Pedro Polo, capellán de las monjas mercenarias calzadas de San Fernando, pastor de una escuela en la casa que estas santas señoras le proporcionan, contigua a su convento. Imagínate que «no era un maestro severo sino un honrado vándalo. Entraba a saco los entendimientos y arrasaba cuanto se le ponía delante. Era el evangelista de la aridez, que iba arrancando toda flor que encontrase, y asolando las amenidades que embelesan el campo de la infancia, para plantar luego las estacas de un saber diseado y sin jugo.» Después doña Claudia madre de Polo y de Marcelina, vieja malhumorada, que consolaba sus sempiternos dolores de cabeza con rodajas de papa en las sienes sostenidas por una venda; y Marcelina, tan fea la pobre, con su cara que «se salía de los términos de la estética y era verdaderamente una cara ilícita.» Mas, los coscorriones podían llover y menudear los ayunos y regañíos, que el *doctorcillo Centeno*—así bautizado irónicamente Celipín por el ogro de su maestro—

## En canícula

Estamos en canícula: por eso como en días placenteros, decembrinos, el polvo se remueve y se levanta de la espalda agrisada del camino.

En la brisa sentimos un secreto, las cosas nos parecen más divinas, y las rosas parece que perdieron el adorno terrible de la espina.

El ambiente es muy otro y es muy uno: tiene una sideral delicadeza en la cual se diluye toda el alma como en una gran copa de belleza.

Conviértese en ruinas el palacio de la tristeza pobre y lastimera, y sentimos arder, divinamente, el gozo de vivir sobre la tierra.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 13-VII-1923.

sabía encontrar distracción durante las tediosas veladas entre madre e hija, ya contando los hoyos y pelos que la desgraciada doncella soportaba en su rostro, ya atendiendo a los distintos ruidos que hacían las puertas, viejas de dos siglos, con goznes que no conocían el sabor del aceite y que imitaban al cerrarse o abrirse el mugido de un buey, el llanto de un niño o clamaban frases que el muchacho traducía así: —«Mira que te cojo»—mientras la Gramática en donde debía estudiar la definición del participio, se deslomaba ante él, en vano. ¡Dios de los tontos! porque aquello era lo mismito que asar manteca.

Además, allí estaban para hacerlo olvidar penas, Juanito del Socorro—su camarada predilecto, enredador y marullero, cuya lengua era un óvillo de mentiras—y aquellas superbas corridas de toros.

¡Y qué fortuna la suya! ¡Qué habría dicho la Nela si lo viera encaramado en el desván que le dieran por dormitorio, el cual servía a las monjitas para guardar las piezas del monumento de Semana Santa e imágenes liadas! Al principio diéranle miedo las carotas estrambóticas de los judíos o la ticsura hierática de las vírgenes y evangelistas, pero poco a poco se acostumbó a tan inofensiva compañía y llegó el día en que hasta al respeto les faltara, pues sin muchas ceremonias le cogió la cabeza al toro de San Lucas y ensayó las suertes conque quería deslumbra a sus amiguillos, en los indefensos santos, dejándolos más descalabrados de lo que antes estaban.

Veamos en lo que consistían estas célebres corridas:

En la calle de la Libertad, más allá de la esquina de la casa donde la redacción estaba, había un solár vacío, separado de la calle por una cerca de desiguales y viejas tablas. Dentro sólo se veían algunos montones de escombros, media docena de escobas y otras tantas carretillas que dejaban allí los encargados de la limpieza urbana. Tenía la tal valla una puerta que estaba cerrada casi siempre; pero Juanito del Socorro y otros chicos de la vecindad, asistentes a la escuela de D. Pedro, habían hallado medio de colarse dentro, arraucando una tabla y apartando otra; y posesionados del terreno, lo dedicaron a plaza para hacer en él sus corridas.

Habiendo sido admitido un día Felipe a esta diversión infantil, halló tanto gusto en ella, que se hubiera estado todo el santo día en la plaza, sin acordarse para nada de sus deberes escolares y domésticos, ni de D. Pedro, ni del santo de su nombre. Mientras más el juego se repetía, más afición le cobraba, y los domingos por la tarde, si sus amos le permitían salir, entregábase con frenesí a las alegrías del toro. Saltar, correr, montarse sobre otro, ser alternativamente picador, caballo, banderillero, mula, toro y

diestro, era la delicia de las delicias, exigencia del cuerpo y del alma, prurito que declaraba perentorias necesidades de la naturaleza. Días enteros pasaba pensando en el ratito que podía dedicar a la función o representándose los entretenidos episodios y pasos de ella. Y tanto repitieron los chicos aquel juego, que llegaron a organizarlo convenientemente, para lo cual tenía especial tino el gran Juanito del Socorro, sujeto de mucho tacto y autoridad. Era empresario y presidente, acomodador y naranjero. Dirigía las suertes y asignaba a cada cual su papel, reservándose siempre el de primer espada. A Felipe le tocaba siempre ser toro.

Quisieron proporcionarse una de esas cabezas de mimbres que adornan las puertas de las cesterías; pero no lograron pasar del deseo al hecho, porque no había ningún rico en la cuadrilla, ni aunque se juntaran los capitales de todos, podrían llegar a la suma que se necesitaba. Se servían de una banasta, donde Felipe metía la cabeza. ¡Con qué furor salía él del toril, bramando, repartiendo testarazos, muertes y exterminio por donde quiera que pasaba! A éste derribaba, a aquél le metía el cuerno por la barriga, al otro levantaba en vilo. Víctimas de su arrojito, muchos caían por el suelo, hasta que Juanito del Socorro, alias *Redator*, lo remataba gallarda y valerosamente dejándole tendido con media lengua fuera de la boca.

Cada cual contribuía con sus recursos y con su inventiva a dar todo el esplendor y propiedad posibles a la hermosa fiesta. No había detalle que no tuvieran presente, ni oportunidad que se escapara a aquellas imaginaciones llenas de viveza y lozanía. Blas Torres, que era hijo de un prendero, se proporcionó una capa de seda con galoncillos de plata. Algunos llevaban capa de percal, y otros se equipaban con un pedazo de cualquier tela. Perico Sáez, que era hijo del carnicero, presentó a la cuadrilla una adquisición admirable y de grandísimo precio: un rabo de buey, que Felipe se ataba en semejante parte para imitar la trasera del feroz animal. Con aquello y la banasta en la cabeza y los bramidos que daba parecía acabado de venir de la ganadería. Fuenmayor llevaba las banderillas de papel, y Gázquez, que era hijo del estanquero, llevaba una cosa muy necesaria en juego tan peligroso, a saber: tiras del papel engomado de los sellos para aplicarlo a las heridas, rozaduras y contusiones. El chico de la prestamista se había proporcionado una corneta para hacer las señales y algunos cascabeles para las mulas; y Alonso Pasarón, el de la tienda de ultramarinos, que era artista, pintor y tenía su caja de colores para hacer láminas, llevaba los carteles con una suerte pintada en verde y rojo, grandes letras y garabatos en que no faltaba palabra ni fecha, ni detalle de los que en tales rótulos se usan. Pero de cuanto aquellos benditos inventaron para imitar al vivo las corridas, nada era tan ingenioso como lo que se le ocurrió a Nicomedes, hijo del dueño de una tienda de sedas de la calle de Hortaleza. Este condenado reunió en su casa muchas varas de cinta en-

carnada; con ellas hacía un revuelto lío, se lo metía en la camisa junto a la barriga, y cuando en lo mejor de la lidia desempeñaba con admirable verdad, vendado un ojo, el papel de caballo, y venía el toro y le daba el tremendo topetazo en el cuerpo, empezaba a soltar cinta y más cinta y a cojear y dar relinchos y a hacer piruetas de dolor, con tal arte, que parecía que se le salían las tripas y que se las pisaba, como suele suceder a los caballos de verdad en la sangrienta arena de la plaza. Para que nada les faltara, también se habían adjudicado unos a otros sus alias en sustitución de los nombres verdaderos. A Nicomedes se le llamaba *Leñgüita*, sin duda por lo mucho que hablaba. Blas Torres, ilustre hijo de un prendero, tenía por mote *Trapillos*. Felipe respondía por el *Isqueletero*, y Juanito del Socorro tenía un apodo a la vez popular y respetuoso, nombre peregrino, que declaraba en cierto modo su origen literario. Se le llamaba *Redator*.

En lo mejor de la pelea se presentaba un individuo de policía o el guarda del solar, y les echaba a la calle... Porque, verdaderamente, ¿qué cosa más contraria a la dignidad de una población que esta batahola de chicos en un solar cerrado, en día festivo, y cuando los mayores se entregan con delirio a las ardientes emociones del toreo verdadero? Los guindillas o polizontes municipales demostraban un celo digno de todo encomio en la corrección de estos abusos infantiles, y el guarda, enojadísimo porque profanaban la virginidad de su solar, la emprendía a escobazos con los lidiadores y... Dios nos libre de que alguno se le rebelara... Por la calle adelante salía corriendo la partida, perseguida activamente por la fuerza pública, y al fin se disolvía, sin más consecuencias y sin ninguna desgracia personal.

\* \* \*

## Para sentir el amor

Para sentir el amor  
en su más alta expresión,  
es necesario tener  
en ascuas el corazón;

es necesario fundir  
las ansias de nuestro ser,  
en el divino crisol  
del alma de una mujer.

Para sentir el amor  
en su infinita amplitud,  
a Dios debemos pedir  
la fuerza de la virtud.

¡Que no se apague el fulgor  
de esta divina pasión:  
que nos arranquen mejor,  
palpitante, el corazón.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, julio 1923.

La falta de respeto cometida con el toro de San Lucas, hace que lo arrojen de casa de los Polos.

Entra a servir de escudero y amigo a Alejandro Miquis «tan bueno, tan bueno, que no hacía más que disparates». Alejandro Miquis, el raro muchacho que tenía la monomanía de pagar sus deudas y de alborotar y hacer echar a correr de su bolsillo cuanta moneda quisiera reposar en él.

Ya tenemos a Celipín entre estudiantes en la casa de huéspedes de doña Virginia, muchachos traviesos y maleantes los más, y gentes de espíritu con tics muy marcados, como aquel de don Jesús Delgado que se pasaba la vida escribiéndose cartas a sí mismo.

Alejandro Miquis, a pesar de lo golo que es de las damas y de que parece haber hecho voto de no castidad, es un chiquillo: nunca se le ve tomar la postura soberbia, grave o estúpida que toma la gente grande para jugar sus juegos de Amor, Política, Arte, Ciencia o Comercio. Juega al Amor o al Arte con el mismo estremecimiento voluptuoso con que ciertos niños escuchan cuentos de hadas o aparecidos o con el entusiasmo con que encumbran una cometa.

¡Tierna amistad la que nace entre estos dos seres, absurdo el uno en el comercio humano, confiado, inocente, optimista el otro, que se apoyan mutuamente en su debilidad!

Vive el segundo las fantasías del primero con la naturalidad con que viven los niños en el reino de las leyendas, y así su amo es a sus ojos el mismísimo duque de Osuna y él ni más ni menos que su humilde criado don Francisco de Quevedo.

Vagan por la ciudad como sólo los niños saben hacerlo: «Avidos, sin darse de ello cuenta, de los goces mentales que proporcionan los panoramas populares con paisajes y figuras, bajaban al río y entraban en grandes altercados con las lavanderas; daban la vuelta por las Injurias y las Yserías; subían fatigados a Madrid después de cuestionar con los gitanos de la Ronda de Embajadores, y por último, algo tenían que hacer a las puertas de los cuarteles, oyendo conversaciones picantes entre mujeres y soldados».

«Se metían también en las iglesias a oír sermones y ver las beatas y oír cantorios y salmodías. En la puerta no faltaba un poco de palique con los mendigos. Hasta se atrevieron a colarse una tarde en la sacristía, de donde les echaron poco menos que a puntapiés».

Cruelles experiencias las del doctor Centeno al lado de Alejandro Miquis que se pone enfermo de tisis. Entre una y otra, sueña con su amo o estudia anatomía en el gato muerto de Rosilla Ido, y defiende el último acto del «Gran Osuna»—drama escrito por

el pobre Miquis - que los chiquillos de la vecindad han escamoteado y con cuyas hojas una madre hace piruchos a su niña, otra enciende la lumbre y las restantes son convertidas en pajarritas de papel.

Después, en el coche que lo lleva al entierro de su amo, Ido del Sagrario propone un empleo al escuderillo cesante: el de ir a vender petróleo por las calles, en cántaros cargados en un caballo, y él anunciará la mercancía a las criadas con una trompeta, lo cual lo hará parecerse al ángel del Juicio Final.

CARMEN LIRA

## Dulcis Armórica

(A ILDEFONSO PALMA, uno de los poetas silenciosos).

La sombra, los oscuros paisajes del invierno, y la lluvia, no debes extrañar que yo cante, si fueron mis abuelos por el lado paterno, de la dulce y callada Bretaña bretonante.

Ojos azules hechos para una luz divina, doradas cabelleras. Morbihan, Cotes du Nord,

Finisterre: Mis poemas ebrios de sal marina, se mecen como barcos de babor a estribor.

Y las cofias de nieve. Niñas así tocadas son muy blancas por dentro, muy blancas [por de fuera.

La espuma da sus voces lejanas y apartadas, en una cofia blanca. La niña casadera

de Bretaña que lleva encajes y blancura, en su alma de cristiana, coñada, es más [hermosa, más niña, más ingenua, más envuelta, más [pura y más yo no sé cómo de huraña y silenciosa.

Las blasfemias no llegan, y nunca Vargas [Vila podrá manchar los ojos azules del bretón. El faro de San Ivo, milagrosa pupila, fray Silencio de Cristo, su divina razón

impone, voz muy baja contra los palabreros, que son a todas horas, hablar, hablar, [hablar.

En el silencio blanco de los barcos veleros, sólo se oye la misa gregoriana del mar.

De los Celtas huraños, dormidas cantilenas y puntos suspensivos... un dolmen y un [menir, la mejor prehistoria para gentes de buenas costumbres y sencillo complicado vivir.

Yo digo complicado, por el soplo divino [al mar! al mar!, *nesse navigare*, [debemos copiar las aventuras de Simbad el Marino, en paisaje de velas y música de remos.

Pues, de María madre y de Jesús abuela, un barquito precioso, mi Señora Santa Ana,

por mi niño grumete, en un navío escuela, para que no se caiga del palo de mesana.

El humo de las pipas, la cidra perfumada. Plougastel, Plougasnon, Treguier, Morlaix, [Paimpol:

¿No ves hasta en los nombres una luz [encantada, ámbar y concha nácar y glauco tornasol?

Así como los peces, luz de siete colores llevan en las escamas, porque son [humildosas criaturas de silencio, cuando los pescadores vuelven con sus redadas, las gracias [luminosas

del mar entran y salen, como niñas desnudas por todos los humildes rincones de la aldea,

y se apagan los odios y se aclaran las dudas, como cuando pasaba Jesús de Galilea.

Be mayúscula pinto, Bretaña, mi Bretaña, dos humildes amores, dos círculos [hermanos. Escondida dos veces, cual los ciervos, [huraña mi vida tiene libros cerrados y lejanos.

En los cuatro cuarteles de mi escudo, [pondría la clásica retama de los Plantagenet, en aquel silencioso *manoir* de Ker María, dentro de los unidos círculos de la B.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic., 15 de julio de 1925.

## 2) Breve curso de telegrafía inalámbrica<sup>(1)</sup>

### ONDAS

EL tema de hoy será la música desde un punto de vista matemático.

Cuando se nos enseñaba música en la escuela, se nos decía que la música era la combinación de sonidos de manera agradable al oído (del hombre civilizado). Probablemente todos recordarán la anécdota del monarca africano que pidió que se le repitiera la primera pieza del concierto dado en su honor. Se refería a la afinación de los instrumentos.

Una nota pura, es decir, una nota producida por una sola frecuencia no es desagradable al oído, aunque parece monótona debido a la falta de condimentos, como si dijéramos. Una nota pura, sin embargo, es desagradable cuando la frecuencia es demasiado alta, o cuando es demasiado baja. La nota de un tambor mayor es tal vez la frecuencia más baja que algunos oídos toleran, y la nota que sólo los violinistas más diestros pueden producir, es, tal vez, la mayor frecuencia que es agradable para la mayoría de los oídos.

Sea como fuere, las notas de la música corriente están limitadas a frecuencias de 150 a 3000 ciclos por segundo. El do natural es producido por vibraciones de una frecuencia de 256 ciclos por segundo y un do una octava más alta es producido por  $256 \times 2 = 512$  ciclos por segundo. Vemos, pues, que

cuando una nota se toca simultáneamente con su octava, el oído responde a la combinación de frecuencias que tienen una relación de 12 a 2. Notas que tienen una relación de uno a dos, de dos a cuatro, de 6 a 3 o relaciones simples, producen sonidos agradables al oído, pero notas con relaciones como 1 a 7, 5 a 7 son desagradables al oído. Estas relaciones podrán estudiarse con más detalles cuando aprendamos la representación gráfica que estudiaremos luego.

El oído no solamente es uno de los sentidos que reaccionan con gran rapidez, sino que es capaz de distinguir varias frecuencias cuando se combinan y puede darse cuenta exacta de la forma de la vibración que resulta de la combinación de varias vibraciones. Así pues, aunque la nota fundamental emitida por un órgano, un violín o un piano sea la misma, podemos darnos cuenta del origen de la nota por las características peculiares de cada una, debido al mayor o menor número de frecuencias secundarias combinadas. Estas características que constituyen el timbre, como se le suele llamar, hacen que las diferentes voces puedan ser reconocidas, y el mayor o menor número de frecuencias secundarias discordantes hacen una voz agradable o desagradable. Por supuesto, que aunque estos detalles se adquieren con la educación de la voz, la nota fundamental que una laringe puede emitir es lo que caracteriza los tenores, bajos y sopranos. Quiero, pues, afirmar la idea de que voz, música, canto de pájaros o tañido de campanas no son sino

### Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

(1) Véase el artículo anterior en el N° 4 del REPERTORIO, tomo en curso.